

ciado con la énfasis propia de nuestros gobiernos representativos, y la esperiència está demostrando en términos evidentes el acierto con que calculaban el porvenir.

Nuestra imparcialidad nos indujo á consignar en su lugar correspondiente la prueba admirable que dieron de disciplina los franceses en el ataque del cerro Verde y de las obras Blancas; pero todavía fué mas decisiva la que dieron los rusos en el asalto de los montes Fedukhine. Así se desprende de todas las correspondencias particulares, pero nos contraerémos á continuar un extracto de los que publicaron con este motivo, los periódicos ingleses.

«El 20.º ligero y el 2.º batallon de zuavos tuvieron que sostener el primer choque, y en verdad que le recibieron con denuedo, pero tambien es preciso decir que la impetuosidad de los rusos era admirable. Sin perder el tiempo en inútiles disparos, avanzaban resueltamente con un ímpetu que pocas veces han mostrado las tropas rusas, y muchos soldados franceses de la division Camou, que durante el invierno defendieron las trincheras á breve distancia de la Cuarentena y que sostuvieron escaramuzas casi diarias contra los rusos, han afirmado que nunca los habian visto cotinuar el avance con tanto vigor. Aquellas tropas, segun los prisioneros y los heridos, pertenecian á la 5.ª division del 2.º cuerpo de ejército, y acababan de llegar de Polonia.

»Entretanto la segunda columna asaltaba de nuevo la derecha de los franceses. Esta columna que por lo numeroso y compacto de sus filas, no se detuvo un instante al pasar el acueducto, ni hizo ningun caso de los cañones sardos, cuyo fuego trazaba largos rastros de sangre á través de sus vastas líneas, continuó subiendo siempre de un modo impetuoso é irresistible, y se arrojó á la colina con tal furor, que los zuavos establecidos en sus vertientes hubieron de replegarse por un momento, porque no pudieron resistir á aquella tumultuosa irrupcion de olas humanas. Desde léjos se veia á los oficiales que mostraban el camino y animaban á sus soldados. Yo vi á un muchacho que adelantándose unos veinte pasos á lo menos á la columna, pasó el primero el acueducto, y luego le vi tambien al otro lado de la colina.

»El enemigo, siguiendo su impávida y entusiasta carrera, se trasladó en un abrir y cerrar de ojos á la cresta del terreno, donde se detuvo para restablecer sus filas etc.»

Por lo demás, al impugnar el artículo del coronel de Saint-Ange, no ha sido ciertamente nuestro ánimo confundirle con esta turba de criticos vulgares, que con admirable descoco se apropian sus máximas, sus opiniones y aun sus errores, sin indicar siquiera la fuente de donde proceden. El escritor francés puede equivocarse, como otro crítico cualquiera, pero por lo menos posee el valor de sus convicciones; sus racionios arguyen un talento claro y una instruccion esmerada, sus opiniones aparecen emitidas en una forma decorosa y aun elegante; la originalidad de sus pensamientos, verdaderos ó falsos, es indisputable, y aunque no fuera por otra causa, mereceria todos nuestros elogios por la noble franqueza con que saca de su propio fondo lo que el crítico no debe nunca tomar prestado. La batalla de Traktir ha sido juzgada en varios sentidos en el extranjero, pero los juicios espresados por la mayor parte de los publicistas españoles, no son otra cosa que rapsodias miserables y raquíticas del artículo que hemos continuado del coronel de Saint-Ange, y aunque desgraciadamente es muy natural que semejantes rapsodias arranquen los aplausos del crédulo vulgo como del atrevido pedante, no es menos cierto que falsean la mision de la prensa ofendiendo en sumo grado la delicadeza de los lectores instruidos. Por la ignorancia de estos rapsodistas, se ha tomado generalmente en España como cierto lo que da por hipotético el coronel de Saint-Ange; se han cometido groseramente los errores que resultan del conocimiento parcial y somero de los datos científicos, se han adulterado los hechos, se ha estraviado

la opinion pública, se han hecho vaticinios estupendos que no entraron jamás en la mente del escritor francés, y se ha llevado el desacierto hasta el extremo de autorizar con el prestigio de la ciencia los votos del charlatanismo político y literario.

La batalla de Traktir fué el último esfuerzo del ejército ruso para arrojar al mar á los aliados, y desde entónces el príncipe Gortschakoff se dedicó esclusivamente á inutilizar el efecto que podia producir en favor del enemigo la destruccion de la plaza, como veremos en el libro siguiente.

LIBRO VIII.

Asuntos diplomáticos.—Contestaciones entre Prusia y Austria.—Situacion política de las potencias aliadas.

Cuando se rompieron las hostilidades entre turcos y rusos, y las potencias occidentales se aprestaban á intervenir á mano armada en favor de la Puerta, creyóse por algunos, y no sin fundamento, que ninguna situacion era tan espinosa como la del Austria, porque la guerra ponía á esta nacion entre dos fuegos y sujetaba su porvenir al éxito de una sola batalla, pero la historia nos pone de manifiesto la profunda habilidad con que la corte de Viena ha beneficiado las diferentes vicisitudes de la lucha, y es muy probable, atendidas las circunstancias actuales, que la nacion mas comprometida recoja tambien los mejores frutos en el tratado de la paz. Los publicistas occidentales, en especial los ingleses, han declamado alternativamente con mucha violencia contra la conducta de las dos principales potencias alemanas, como si esta conducta no hubiese irrogado perjuicios de cuenta al progreso de las armas de Rusia; pero lo cierto es que la marcha al parecer vacilante del Austria ha contenido de una manera muy notable el empuje de los cosacos, y que sin esta politica espectante los ejércitos aliados no hubieran pernoctado jamás en las orillas de la península táurica. ¿Qué hubiera sido de los aliados en Crimea si el gabinete de San Petersburgo hubiese podido disponer libremente de sus tropas, no solo para impedir el desembarco del ejército anglo-franco-turco, sino tambien para arrojarle al fondo del mar, como estuvo varias veces á punto de conseguirlo, no obstante la energía con que los gabinetes de Paris y de Londres multiplicaban sus recursos, y no obstante la actitud pasiva con que la corte de Austria paralizaba en sus fronteras las operaciones de las cohortes moscovitas? La conducta del Austria no ha sido ciertamente tan esplicita como se deseaba por la mayor parte de nuestros publicistas, pero tampoco puede negarse que ha sustraído al gobierno ruso á todas las ventajas que podia proporcionarle con una verdadera y estricta neutralidad.

Nuestros lectores tienen conocimiento de la profunda disidencia que habia producido en el seno de las córtes alemanas la cuestion turco-rusa. Deseando beneficiar esta disidencia, el gabinete de San Petersburgo prometió conservar el resultado que acababan de producir las conferencias de Viena en orden á las dos primeras garantías de las cuatro que habian proclamado las potencias aliadas, y esta promesa dió margen á una contestacion animada entre las dos córtes que han constituido siempre el eje de la confederacion alemana. La declaracion de la corte de Rusia podia robustecer las simpatías con que contaba en el gobierno de Prusia y en la mayor parte de los estados secundarios de Alemania; mas el gabinete de Viena quiso evitar una discusion cualquiera sobre aquel importante documento, y en consecuencia remitió á sus agentes una circular concebida en estos términos:

«Viena 17 de mayo de 1855.—El ministro de Rusia en la residencia de la dieta germánica, caballero de Glinka, ha comunicado á los individuos de la confederacion germánica un documento del conde de Nesselrodé, cuya copia se incluye y en el cual se asegura que aunque las

ALFONSO
U. A. N. L.